¡ANTES HONRA QUE BARCOS!

TRIBUTO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

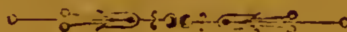
ORIGINAL DE

D. ANGEL MONDEJAR Y MENDOZA,

D. RAMON SARTORIUS

Y D. MANUEL GENARO RENTERO.

(Escrito en memoria del ilustre Mendez Nuñez.)



MADRID:

EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Oficinas: Pez, 40, 2.°

1869.

¡ANTES HONRA QUE BARCOS!

TRIBUTO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

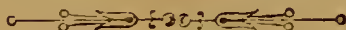
ORIGINAL DE

D. ANGEL MONDEJAR Y MENDOZA,

D. RAMON SARTORIUS

Y D. MANUEL GENARO RENTERO.

(Escrito en memoria del ilustre Mendez Nuñez.)



MADRID:

IMPRENTA Á CARGO DE TOMÁS ALONSO,

calle de Isabel la Católica, 21, bajo.

1869.

Á LA

MARINA DE GUERRA

ESPAÑOLA,

Los Autores.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.		ACTORES.
CARLOTA....	(18 años)..	Srta. Doña María Ruiz.
ANDRÉS.....	(65 »)..	Sr. D. Segismundo Cérvi.
PERICO.....	(50 »)..	» » Enrique Martinez Robles.
VICTOR.....	(20 »)..	» » José Ferreiro.
ALDEANA 1.ª.........		Srta. Doña Juana Rubio.
IDEM 2.ª.........		» » Aurora Rodriguez.
MARINERO 1.º........		Sr. D. Mariano Martinez.
IDEM 2.º........		» » Luis Lopez.
IDEM 3.º........		» » José Membrillo.

Aldeanas, Aldeanos y Marineros.

La accion pasa en una aldea de Galicia, el dia 29 de Agosto de 1869.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa la playa de una aldea de Galicia. A lo lejos se ve el mar y un buque anclado. A la izquierda una casita rústica y á la derecha una cantina.

ESCENA PRIMERA.

MARINEROS, ALDEANOS Y ALDEANAS.

MARINERO 1.° ¡Vivan las mozas gallegas!
MARINERO 2.° Camarada! llena el vaso,
y vaya por la salud
de las buenas mozas!
UNOS. ¡Bravo!
MARINERO 1.° Vida mia, vaya un sorbo. (*Á una aldeana.*)
ALDEANA 1.ª No me gusta.
MARINERO 1.° ¡Con probarlo
me quedo yo tan contento!
ALDEANA 1.ª Por no desairar...
MARINERO 3.° ¡Muchachos!
No hay que cejar un momento.
Hemos pedido un abrazo
y es preciso conseguirlo. (*Quiere abrazar á una aldeana.*)
ALDEANA 2.ª ¡Arre allá!
MARINERO 3.° ¡Truenos y rayos!

¿Para cuándo son las bombas?

ALDEANA 2.ª Nada, á las aves de paso...
ya sabe usted el refran.

MARINERO 3.º Mal tiburon me haga cuartos
si el abrazo no consigo.

UNAS. ¡Arre!

OTRAS. ¡Fuera!

MARINERO 1.º Vamos, vamos.

MARINERO 3.º ¿Á dónde poneis la proa?

MARINERO 1.º Á la plaza del Mercado
donde está el tamborilero.

UNOS. ¡Vamos!

UNAS. Sí.

MARINERO 3.º Vamos andando.

ESCENA II.

VÍCTOR Y PERICO.

(*Víctor entra muy de prisa. Perico viene detrás jadeando.*)

PERICO. ¡Víctor! Que me voy á pique;
No corras tanto, muchacho.

VÍCTOR. Déjame en paz.

PERICO. Eso es,
¡como tienes pocos años
no te pesan como á mí
las piernas!

VÍCTOR. Ya hemos llegado.

PERICO. ¡Gracias á Dios!

VÍCTOR Voy á verla,
á hablarla, á estrechar su mano,
á contemplar su sonrisa,
á decirla que la amo,
una y mil veces.

PERICO. Sí, sí.
Pero ten mucho cuidado
porque su padre es muy duro.

VÍCTOR. Lo sé.

PERICO. Es un viejo soldado,
que mejor que una razon,

sabe pegar un trancazo.

VÍCTOR. No he conocido otro padre
que él.

PERICO. De fijo te ha zurrado
alguna vez.

VÍCTOR. Por mi bien.
Más como me quiere tanto,
si alguna vez me pegaba
se arrepentia en el acto,
y me hacia mil cariños.

PERICO. Es un viejo veterano
que vale un mundo.

VÍCTOR. Es verdad.
Tiene un corazon...

ESCENA III.

DICHOS, ANDRÉS.

ANDRÉS. ¡Muchacho!

VÍCTOR. ¡Padre y señor!

ANDRÉS. Ven acá.
Ven, buen mozo. Estás muy guapo
con el uniforme. ¿Y tú,
perillan?

PERICO. Venga un abrazo.

ANDRÉS. Vengan setenta lo menos. (*Lo abraza.*)
¡qué placer me dá abrazaros!
¿Y cómo te vá en el mar?

VÍCTOR. ¡Bien, señor!

ANDRÉS. El Occéano
es un amigo leal,
una madre, que en sus brazos
nos arrulla con la brisa,
nos aduerme con su canto,
nos besa con sus espumas,
y cuando la muerte hallamos,
nos presta ancho camarote,
en su seno sepultándonos.

PERICO. Tiene usted razon.

ANDRÉS. (*A Víctor.*) Mas, dime?

¿por qué causa habeis anclado
aquí?

VÍCTOR. Porque desde ayer
deberá estar esperándonos
un oficial.

ANDRÉS. Es verdad.
Él me ha dicho el triste estado
en que está mi antiguo jefe,
el gran marino.

PERICO. (*Mucha tristeza.*) Muy malo.
Dicen que se está muriendo.
(*Limpiándose las lágrimas con el brazo.*)

ANDRÉS. Los hombres que valen tanto
no se debian morir.
¡Mas respetemos los sábios
decretos de Dios! ¿Quién sabe
si el Señor le está llamando
para premiar sus virtudes,
y darle el eterno lauro...
que la Pátria indiferente
de otorgarle se ha olvidado?
(*Breve pausa.*)
¿Decias tú? (*A Victor.*)

VÍCTOR. Qué á embarcar
á ese oficial arribamos
á este puerto, pues trae órdenes
del Gobierno.

ANDRÉS ¿Habrá descanso
para tres ó cuatro dias?

PERICO. ¡Cá! ¡no señor! que zarpamos
tal vez antes de una hora,
con rumbo á Cuba.

ANDRÉS. No es largo
el viaje...

PERICO. Y desde allí,
segun se dice en el barco,
saldremos para el Perú.

ANDRÉS. ¡Quién se quitara treinta años
para ir con vosotros!

PERICO. ¡Ea!
vamos á echar cuatro tragos.

ANDRÉS. Vamos, (*A Víctor que se queda.*)
¿y tú?
VÍCTOR. Lo agradezco,
pero no bebo.
ANDRÉS. ¡Muchacho!
¿No bebes siendo marino?
VÍCTOR. No, gracias.
ANDRÉS. ¡Por Dios, que es raro!
PERICO. Vamos á beber nosotros
ANDRÉS. Buen mozo, vamos andando.
(*Se entran en la cantina.*)

ESCENA IV.

VÍCTOR *solo.*

¡Combate mi corazon
con una idea cruel,
Ser á mi conciencia fiel,
ó ser fiel á mi pasion!

ESCENA V.

VÍCTOR Y CARLOTA.

VÍCTOR. ¡Carlota!
CARLOTA. ¡Víctor!
VÍCTOR. El cielo
me ha conducido á tu lado,
pero soy tan desgraciado
que es bien corto este consuelo.
CARLOTA. ¿Tienes que marcharte?
VÍCTOR. Sí,
para un viaje mayor,
y alejarme de tu amor
es muy duro para mí.
CARLOTA. El deber.
VÍCTOR. ¡Siempre el deber!
años durará mi ausencia.
CARLOTA. ¿Y qué hemos de hacer? Paciencia.

VÍCTOR. Vivir sin poderte ver...
mi corazon estravía
tal idea.

CARLOTA. Es tu destino.
Si quieres ser buen marino
tu deber toma por guia.

VÍCTOR. ¿Y mi amor?

CARLOTA. Piensas quizás
Víctor, que no sufro tanto
como tú? ¡No ves mi llanto,
que brota porque te vas!

VÍCTOR. ¡Tú me animas á partir!
No me amas.

CARLOTA. ¡Que no te amo!
¡Si el amor en que me inflamo
puede que me haga morir!
Cuando veia que ya
tu buque lejos se hallaba,
mi corazon me gritaba:
¡quién sabe si volverá!
Y en la tortura cruel
que al verte marchar sentia,
á las olas les decia
«¡piedad, piedad para él!»
¡Sí, cuando ya no te ví
fué tan grande mi tormento,
que hasta maldecia el viento
que te alejaba de mí!

VÍCTOR. Pues si dolor te ha causado,
entonces, hoy que me alejo
por largo tiempo, hoy que dejo
quizá por siempre tu lado;
si me amas, cuántos pesares
sufrirás, viendo perdido
al sér que te es más querido
en la sombra de esos mares.
Y yo en tanto en dura guerra
con todo, sin tener calma,
pues habré dejado el alma
en un rincon de la tierra,
¡Veré los dias pasar,

veré las noches huir,
veré á mi lado reir,
y sólo sabré llorar!
¡Oh! no puedo acostumbrarme
á la idea de no verte,
y antes, mi bien, que perderte
soy capáz de desertarme.

CARLOTA. ¿Qué dices?

VÍCTOR. Que me avasalla
mi amor, que ciego te adoro,
y entre dudas, mi decoro
con mi corazon batalla;
mas tu padre que amparó
mi niñez, así lo quiere,
sin mirar cuanto me hiere.

CARLOTA. ¿Y si te lo pido yo?

VÍCTOR. ¡Tú! Luego me has engañado,
y ese amor constante y puro...

CARLOTA. Nó, yo te amo, te lo juro,
pero estás alucinado;
¡Abandonar la carrera!

VÍCTOR. Si la dicha no concibo
sin tu amor; si por tí vivo,
y el marchar me desespera.

CARLOTA. ¿Y mi padre?

VÍCTOR. ¿Y mi dolor?

CARLOTA. ¿Y el porvenir, y tu suerte?

VÍCTOR. ¿Y el martirio de no verte?

CARLOTA. ¿Y tu deber?

VÍCTOR. ¿Y mi amor?

CARLOTA. Pues bien; haz lo que tú quieras.

VÍCTOR. Mi suerte está decidida.

CARLOTA. ¡Daria toda mi vida
sólo porque no te fueras!
Pero mi padre...

VÍCTOR. De fijo
comprenderá mi razon,
y otorgándome el perdon
querrá llamarme su hijo.
Sí, yo sabré trabajar
en donde mi bien se encierra,

que está mi cielo en la tierra,
y está el infierno en el mar.
Comprendo que mi destino
y mi aficion me han guiado,
á ser un marino honrado,
y hoy me mata ser marino.

CARLOTA. Tienes razon; no podria
acostumbrarme á tu ausencia.

VÍCTOR. ¡Sacrifico mi conciencia,
sólo por tí, ¡vida mia!
Mas, debo marchar de aquí
en tanto el buque se aleja.
¡Adios, pues!

CARLOTA. ¡Qué Él te aconseja!

VÍCTOR. Todo lo arrostro por tí.

ESCENA VI.

CARLOTA *sola.*

No se vá, y este placer
en vano mi pecho calma,
porque falta á su deber;
pero ¡ay! feliz voy á ser
pues le amo con toda el alma.
Mas mi padre ¿qué dirá?
Yo calmaré su rigor,
y por fin comprenderá
que si él al mar no se vá,
deja el deber por mi amor.

ESCENA VII.

CARLOTA Y PERICO.

CARLOTA. Perico.

PERICO. Hola, señorita,
¿y Víctor?

CARLOTA *(cortada.)* ¡Víctor! En casa
estará, tal vez...

PERICO. Me dijo

que aquí mismo me esperaba.
¡Ah! ¡pícaro!

CARLOTA. (Si supiera...)

PERICO. Como levaremos anclas
muy en breve, estará dando,
tal vez, la última ojeada
por la aldea.

CARLOTA. Es muy probable.

PERICO. Pues voy en cuatro zancadas
á buscarle, pues de juro
que si le dejo, no baja
á embarcarse en todo el dia.
Y que el capitan se traga
estas cosas, cuando solo
porque se afloja una járcia,
pone en conmocion el buque
de popa á proa, y me arma
un zafarrancho...

CARLOTA. ¿Y á Víctor,
dí, sabes cómo le trata?

PERICO. A ese, bien, como es tan bueno,
nunca comete una falta.
Pero, ¿qué hará que no viene?

CARLOTA. No temas por su tardanza.
Él volverá.

PERICO. No me fio
de su cabeza. Que no haya
novedad. (*Vá á irse hácia la casa.*)

CARLOTA. (¡Se vá! ¡Dios mio!).
Oye, Perico.

PERICO. Mi ama,
¿qué se ofrece?

CARLOTA. Una pregunta.
¿Me quiere Víctor?

PERICO. ¡Caramba!
Pues si pensando en usted
el muchacho, es hombre al agua.
Más efecto hace en su espíritu
el nombre de la que ama,
que si cayera una chispa
dentro de la Santa Bárbara.

CARLOTA. Y díme, ¿tú le querrás
muchísimo?

PERICO. Él y mi hacha
de abordaje, son las prendas
que más quiero.

CARLOTA. ¿Y él?

PERICO. Me trata
como á su mejor amigo,
y aunque soy viejo, me llama
su hermano, sí; y yo le he visto
derramar copiosas lágrimas
al escuchar el relato
de mis mayores desgracias.

CARLOTA. ¿No has sido dichoso siempre,
segun eso?

PERICO. ¡Ay! La borrasca
del sufrimiento me ha hecho
mucho mal.

CARLOTA. Si no te causa
molestia, y quieres contarme
tus aventuras...

PERICO. ¡Bien!

CARLOTA. Habla.

PERICO. Pues señor: yo nací pobre,
pero trabajé con ánsia
desde mis primeros años,
logrando al fin una plaza
con buen sueldo en la marina
mercante; mis camaradas
me apreciaron desde el punto
en que pisé la fragata,
que por espacio de un año
fué mi constante morada;
pero un dia, ¡aún lo recuerdo
con espanto! la desgracia
se meció sobre nosotros.
Apenas brillaba el alba,
cuando vimos una vela
á larguísima distancia.
Aunque pareció al principio
que nos queria dar caza,

bien pronto volvió á reinar
en todos la confianza,
pues traia la bandera
española enarbolada.
Poco á poco fué acercándose
y al llegar á nuestras aguas
sin decir «allá va eso,»
nos disparó una andanada.
Tratamos de resistir,
más fué inútil nuestra audacia,
que bien pronto fuimos presa
de aquellos perros piratas.
Un mes despues, como un fardo
fuí vendido.

CARLOTA. ¡Qué inhumana
crueldad!

PERICO. En la bodega
de un buque, como una carga,
como lastre nos echaron
aquellas gentes sin alma.
El tiempo que allí estuvimos
no lo sé, pues ni una ráfaga
de luz, en aquel encierro
infestado, penetraba.
Pero al fin llegó un instante
en que oimos algazara
sobre cubierta, y al punto
un cañonazo, y las armas
chocar, como si una lucha
cuerpo á cuerpo se trabara.
De pronto, sentí una voz
que con ansiedad gritaba
«¡á la bodega!» Bajaron,
y rompiendo con las hachas
nuestras fuertes ligaduras,
subimos. En una barca
saltamos y desde allí
á una soberbia fragata
española, en cuya popa
un hombre se paseaba.
nos dijeron, «ese es

el que de esclavos os saca.»
Ébrio de gozo, el primero
fuí que me postré á sus plantas;
se las besé, y él me alzó
con benévolas palabras.
Desde entonces ni un momento
le dejé, solo con mi hacha
de abordaje en la cintura;
detrás de él siempre marchaba.
¿Sabe usted quién es ese hombre
que me arrancó á la desgracia?
Es... el héroe del Callao;
con él he venido á España,
mas le separó de mí
un grave mal que arrebata
su salud hora por hora.

CARLOTA. ¿Lloras? (*Aparece Andrés en la puerta, y escucha*).

PERICO. Y con razon harta,
mas tengo el triste consuelo
de dedicarle estas lágrimas.

ESCENA VIII.

CARLOTA, PERICO, Y ANDRÉS.

ANDRÉS. ¡Bravo! haces bien en llorar.
Tu entusiasmo aviva el mio,
y aunque viejo, aún tengo brio
para lanzarme en el mar.

PERICO. ¡Señor Andrés!

ANDRÉS. ¡Guapo mozo!
De corazon y alma dura,
con la mano más segura
que barra de calabozo.

PERICO. ¿Qué dice el lobo marino?

ANDRÉS. Que es mi vida triste y perra
y me mareo en la tierra,
y con torpeza camino.
Que aquí se respira mal,
mas con mi recuerdo á solas
cuando oigo bramar las olas

y rugir el vendabal,
levanto con arrogancia
la cabeza á Dios buscando,
y sueño que estoy luchando
á bordo de la *Numancia.*

PERICO. ¡Bravo! mi viejo! (*Abrazándole.*)

ANDRÉS. ¡Ilusion!
¿Qué soy ya? ¡por vida mia!
un casco con avería,
que ni áun sirve de ponton.

PERICO. Aún se mantiene usted fuerte.

ANDRÉS. Conozco mi derrotero;
Yo soy un barco negrero
á quien dá caza la muerte.

CARLOTA. ¡Padre mio!

ANDRÉS. Necio fuera
dudarlo y... venga en buen hora,
hija, que ante esa señora
no hay mas que arriar bandera.

CARLOTA. Hablemos de otra cuestion.

ANDRÉS. Es verdad.

CARLOTA. De lo pasado,
de sus glorias de soldado.

ANDRÉS. Carlota, tienes razon.
Cuando mi lengua desato
y me quejo, no comprendo
que te estoy entristeciendo
con mi importuno relato.

CARLOTA. No, no, padre.

ANDRÉS. ¡Voto al mar!
Está mi cabeza vana,
y es que desde ayer mañana
tengo ganas de llorar.
Se halla enfermo el gran marino
del Callao, y por mi fé,
recuerdo que igual lloré
cuando le hallé en mi camino.

CARLOTA.
PERICO. } ¡Llora usted!

ANDRÉS. Si de dolor,
así como de alegria

lloré al ver su bizarría,
al mirarle vencedor
en Mindanao, allí el mar
hizo de su arrojo esclavo;
allí luchó como un bravo,
como él sabia luchar.
Mientras el cañon tronaba
altivo, firme y valiente,
con voz serena y potente
las maniobras mandaba;
y alcanzando de victoria
el laurel santo y eterno,
logró que de aquel infierno
para él brotára la gloria.

CARLOTA. ¡Dios le proteja!

ANDRÉS. ¡Hija mia!
Su enfermedad es fatal,
y temo oir la señal
á todas horas del dia.

PERICO. Se vienen á despedir
los marineros.

CARLOTA. ¡Dios mio!

ANDRÉS. ¿Y Víctor? ¿Y ese hijo mio?

PERICO. Poco tardará en venir.

ESCENA IX.

DICHOS, MARINEROS Y PUEBLO.

MARINERO 1.° ¡Ya nos vamos!

CARLOTA. ¡Oh! ¡Dios mio!

MARINERO 1.° ¡Muchachos!

IDEM 2.° ¡Adios!

IDEM 3.° ¡Cuidado
con llorar!

IDEM 1.° ¿Ya se ha acabado
el buen humor? ¡Haya brio!

MARINERO 2.° ¡Venga un abrazo, hijas mias,
y hasta otra!

MARINERO 3.° Señor Andrés,
quede con Dios.

ELLAS Y AND. ¡Adios pues!
MARINERO 1.° ¿Nos vais á hacer averías
en el corazon, llorando?
ALD. Y ALD. ¡Adios!
ALDEANOS. Adios, y á reir,
y si tocan á morir...
MARINERO 1.° Adios, y vamos cantando.

ESCENA X.

DICHOS, VÍCTOR *al paño.*

ANDRÉS. Hijos, un pobre marino
envejecido en el mar,
quiere hablaros, al marchar
á cumplir vuestro destino.
Si vais al Perú, cada ola
que halleis, ved con alegria,
que quizá estén todavía
tintas en sangre española.
Allí al enemigo perro
castigó nuestra bandera,
si con barcos de madera...
con corazones de hierro.
Allí luchamos en pos
de la muerte y de la gloria;
allí logramos victoria
solos entre el mar y Dios.
PERICO. Contadles ese combate,
señor Andrés, y verán...
ANDRÉS. Bien, oid: así sabrán
cómo el español se bate. (*Rodeándole todos.*)
No aviniéndose á razones
las gentes que nos retáran,
dejamos al fin que hablaran
por nosotros los cañones.
Luchamos sobre el abismo
con arrojo extraordinario,
con el valor temerario
que produce el heroismo.
Que ante el terrible fragor

del fuego, nos alentaba
ver que España confiaba
en nuestras manos su honor.
Cuando la ola enrocija
prestaba á la muerte hueco,
oir creíamos el eco
de la pátria agradecida.
Mostraban con altivez
fortalezas artilladas,
tenian torres blindadas...
nosotros, cascos de nuez.
La *Blanca*, la *Berenguela*...
todas, en fin, combatiendo,
iban de gloria cubriendo
las espumas de su estela.
La *Numancia*; que un marino
noble y fiero dirigia,
en su casco contenia
todo el valor numantino.
De aquellos héroes el sol
hizo hervir á la onda brava,
y era que hasta el mar temblaba
ante el orgullo español.
Entre balas á millares
probó el jefe á aquella tierra
que era el génio de la guerra,
que era el héroe de los mares.
Y aunque de dolor avara,
la muerte le hirió atrevida,
Dios quiso guardar su vida
porque su triunfo gozara.
Y al caer entre cien charcos
de sangre, dijo altanero:
BARCOS SIN HONRA NO QUIERO;
QUIERO ANTES HONRA QUE BARCOS.
Y el viento ráudo y veloz
que sus frases escuchaba,
por todo el mundo llevaba
el eco de aquella voz.
Cuando era la accion más cruda,
los que combatir nos vieron

proteccion nos ofrecieron...
mas rechazamos su ayuda.
Y al ver nuestro ardor fecundo
decian con ojos fijos:
«nacion que tiene esos hijos,
es la primera del mundo.»

PERICO. Señor, sólo recordar
esa accion, causa alegría.

ANDRÉS. ¡Hijos, la Pátria os envia.
Id al victorioso mar!
Sed á los recuerdos fieles
de las armas españolas,
y orad sobre aquellas olas
que guardan nuestros laureles.

VÍCTOR. (*Que ha oido todo.*) Me remuerde la conciencia.
No, no debo ser traidor;
antes la honra que el amor
aunque pierda la existencia.

ANDRÉS. Adios! orad, si la suerte
os lleva al mismo camino,
por la salud del marino
que yace en lecho de muerte.

(*Los abraza y se van.*)

ESCENA XI.

ANDRÉS, VÍCTOR Y CARLOTA.

ANDRÉS. Se fueron, hija querida.
Y tú, ¿cómo es que te hallo (*A Victor.*)
con ese trage y aquí?

VÍCTOR. ¡Oh, si! Debo confesarlo;
¡Soy un cobarde, un infame!

CARLOTA. ¿Qué dices?

ANDRÉS. ¡Pues qué ha pasado!

VÍCTOR. Señor, no sé si usted sabe
el amor extraordinario
que tengo á Carlota.

ANDRÉS. Ella
me lo ha dicho.

VÍCTOR. Dominado

por ese fuego de mi alma,
por ese amor puro, santo,
que una vez sólo en la vida
se siente, quise insensato
no sacrificar mi amor,
mi lealtad sacrificando.
Quise desertar.

ANDRES. ¡Tú!... ¡Aparta!

VÍCTOR. Pero al oir el relato
de usted; al ver en sus ojos
lágrimas de su entusiasmo,
al recordar las victorias
de mi pátria en el Callao,
el estímulo del héroe,
mi alma al punto ha despertado
y marcharé. Sí.

CARLOTA. Oh ¡Dios mio!

ANDRÉS. Y ese pensamiento infausto,
contesta, ¿ha sido posible
que así te haya subyugado?

VÍCTOR. Perdon, pues que me arrepiento.

CARLOTA. ¡Víctor!

VÍCTOR. Mi esperanza mato,
pero el deber...

ANDRÉS. ¡Hijo mio!
escucha; en el hombre honrado
primero que las pasiones,
está la honra, y en tanto
como la estima, es de todos
más ó menos estimado.
Mira ese ilustre marino
que cité con entusiasmo
há poco; el Gran MENDEZ NUÑEZ,
dijo: «quiero honra sin barcos,»
y tú, á tu honra preferias
el amor.

VÍCTOR. Al escucharlo
hace un instante, yo mismo
me he sentido avergonzado.
Iré al mar, entre las olas
ese porvenir tan caro

encontraré, y si algun dia
fuere al combate llamado,
buscaré siempre el peligro,
y henchido de fuego pátrio
sabré luchar como bueno,
sabré morir como honrado,
siendo mi fé tu cariño (*á Carlota*)
y mi esperanza, estos brazos. (*á Andrés*)
(*Se abrazan.*)

ESCENA XII.

DICHOS Y PERICO.

PERICO. ¡Víctor! ¡Víctor! ¿dónde estás?
¡Gracias á Dios que te encuentro!
ANDRÉS. ¿Qué sucede?
PERICO. ¡Pues no es nada
que digamos!
ANDRÉS. No comprendo.
PERICO. Que dentro de diez minutos
se vá á zarpar.
VÍCTOR. (El momento
desgarrador ha llegado.)
CARLOTA. Y tan pronto.
PERICO. No hay remedio.
Si yo fuera el capitan
no sucederia esto.
Mas donde manda patron,
nunca manda marinero.
CARLOTA. ¿Te vás? (*Acercándose á Víctor.*)
VÍCTOR. Sí, pero no temas,
pronto estaré de regreso
á tu lado.
ANDRÉS (Pobrecillos!)
CARLOTA. Dios sabe si nos veremos. (*Se enjuga los ojos.*)
VÍCTOR. Y qué se ha de hacer. Paciencia.
El deber es lo primero.
ANDRÉS. ¡Víctor, ven acá, y escucha
Carlota!
CARLOTA. ¡Padre!

ANDRÉS. Oye atento.
Yo como tú á los diez años
quedé solo, pobre y huérfano,
sin más amparo que Dios
en este mundo, pidiendo
limosna de puerta en puerta.
Despues viendo los tormentos
de la tierra, me lancé
á los mares.

PERICO. (¡Pobre viejo!)

ANDRÉS. Desde entonces he vivido
entre las olas, oyendo
rebramar los huracanes,
retumbar el ronco trueno,
crugir los gruesos mastíles.
á los empujes soberbios
del mar, en una palabra,
entre el abismo y el cielo.
Mi mano allí encallecida
tan pronto empuñaba el remo
como el hacha de abordaje,
y Dios premiando mi anhelo
me dió la fé y la esperanza
que siempre llenan mi pecho.
Hoy, ya lo vés, me respetan
y me quieren. Ya soy viejo
y aún envidio al navegante
que pierde de vista el puerto.
Sigue pues, mis huellas, Víctor,
sé valiente, honrado y bueno,
y nada te apure.

CARLOTA. ¡Padre!

VÍCTOR. ¡Señor Andrés!

ANDRÉS. Ya comprendo,
os separais...

VÍCTOR. ¡Y Dios sabe
si ya nunca nos veremos!

ANDRÉS. ¡Qué diablo! Vete tranquilo.
Volverás, te lo prometo,
que Dios es grande, y Dios vela
por el pobre marinero.

¡Ánimo buen mozo, aquí
con ansia te esperaremos
Carlota y yo... ¡más qué digo!
quién sabe si yo habré muerto!

VÍCTOR. ¡Señor Andrés!

CARLOTA. ¡Padre mio!

ANDRÉS. La edad hijos, es ya un peso
para mi casi imposible
de sufrir, y por si muero
antes de que partas, voy
á exigirte un juramento.
Si Carlota queda huérfana,
y esperando tu regreso
te sigue fiel, ¿me prometes
ser su esposo?

VÍCTOR. Lo prometo.
Lo juro.

CARLOTA. ¡Víctor!

VÍCTOR. ¡Carlota!

ANDRÉS. ¡Hijos mios!

PERICO. Vamos presto.
(Pobrecillos!)

ANDRÉS. Sí, es la hora.
Fuerza es que nos separemos.
Vé á rezar sobre mi tumba
cuando vuelvas, pues preveo
que mi nombre y mi memoria
habrán de prestarte aliento.
Además, nunca te olvides
de ese héroe que yo venero,
de MENDEZ NUÑEZ; su nombre
pronuncia con gran respeto;
en el mar sea tu égida,
y conságrale un recuerdo
en tu alma, que amar á un héroe
anima al que quiere serlo.
Ante todo ten presente
sus palabras: «¡Antes quiero
HONRA SIN BARCOS, QUE BARCOS
SIN HONRA! Sigue su ejemplo.

PERICO. Que van á levar las anclas.

VÍCTOR. Adios, pues.

ANDRÉS. (Ahora comprendo
lo mucho que le queria.)

CARLOTA. ¡Adios!

ANDRÉS. ¡Bendígate el cielo!

(*Se desprende de sus brazos y echan á correr. Perico abraza tambien á Andrés conmovido, dá la mano á Carlota, y vánse todos menos Carlota.*)

ESCENA XIII.

CARLOTA.

¡Se vá, Dios mio, se vá
á cumplir con el deber,
y yo me quedo á verter
lágrimas que él no verá!
Queria darle valor,
y al ver que se marcha, siento
que es insufrible el tormento
de no vivir con su amor. (*Pausa.*)
¡Madre mia! La clemencia
que en tu corazon reside,
sirva para que no olvide
á la que llora su ausencia.
Mas si antes que vuelva aquí
su vida peligra un dia,
¡ampárale, Madre mia,
aunque se olvide de mí!
(*Avanza al fondo viendo venir á su padre.*)

ESCENA ÚLTIMA.

CARLOTA Y ANDRÉS.

(*Vuelven á la escena, apoyado éste en el brazo de aquella, ambos muy tristes.*)

CARLOTA. ¡Dios mio, dadme valor!

ANDRÉS. (¡Pronto su alma el luto viste!)
¡Hija querida!

CARLOTA. Es muy triste,
quedarnos solos, señor!

ANDRÉS. Es verdad; más debes ver
que el deber así lo ordena,
y es preciso ahogar la pena
en las aras del deber.

CARLOTA. ¡Siempre el deber!

ANDRÉS. Del soldado
es la obligacion más bella,
pues para cumplir con ella
ha nacido el hombre honrado.
Son sus frases, hija mia.

CARLOTA. ¿De quién?

ANDRÉS. Del bravo marino
que en el áspero camino
de la gloria fué mi guia.
Mas ¡ay! recuerdo fatal!
Conmovida el alma siento,
pues creo á cada momento
que va á sonar la señal.

CARLOTA. ¿Qué señal?

ANDRÉS. Esta mañana
entre todos se convino
que la muerte del marino
la anunciára la campana,
y me temo.....
(*Suena un cañonazo*).

CARLOTA. (*Juntando las manos*) ¡Partió ya!
¡Guárdale, Vírgen querida!

ANDRÉS. ¡Dios mio! Salva su vida!
Salva á MENDEZ NUÑEZ.
(*Suena la campana*)

LOS DOS. ¡Ah!
(*Cuadro. Los dos caen de rodillas.*)
Cae el telon despacio.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

Se vende esta obra á 2 rs. en el Teatro y Café de Novedades, y á 4 en las librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, Moya y Plaza, Durán, Lopez, y Escribano.

NOTA.